

ganar por ciento en los lienzos, las cintas y sederías, en un país en que hay tanto oro?

— Dejarían un provecho incalculable, y mucho más si se presentase un mercader joven y buen mozo con la pacotilla, porque las mugeres de aquellos países son muy retrecheras; y como están tostadas del sol, se encienden como yesca cuando ven una tez fresca como la tuya, y unos cabellos rubios.

— Bien quisiera yo poder comerciar en ese país, dijo el tendero abriendo tanto ojo.

— No hay cosa más fácil si tú quieres, dijo Miguel, y si eres el que eras cuando me ayudaste á robar manzanas en la huerta de los frailes. En un daga las pajas puedes convertir tu casa y haciendas en dinero metálico sonante, y comprar con aquel dinero en seguida un barco velero bien equipado. Llevas entonces á bordo todas tus mercancías, y los marineros que sean necesarios; me nombras su capitán, y damos á la vela viento en popa, dirigiendo el rumbo ácia el Nuevo Mundo.

— Le enseñas ahí el secreto, dijo Gil Gosling, de cambiar pesetas por cuartos. Escucha el parecer de un loco, amigo Goldthred. Huye de la mar, que lo devora todo. Aunque te arruinen las mugeres y los naipes, los fardos de tu padre podrán durar un año ó dos ántes que vayas al hospital; pero la

mar es insaciable, y es capaz de tragarse en una mañana todas las riquezas de Lombard Street (1) con la misma facilidad que yo un huevo ó un vaso de vino. En cuanto al Eldorado de Miguel, no te fies jamás de mí, si no es cierto que le ha encontrado en la faltriguera de algún bobo como tú. No sorbas por eso tan aprisa tu tabaco, Miguel: sientate, y bien venido. Aquí está ya la cena, y convidado á todos los que quieran participar de ella con motivo de la llegada de un sobrino que da tan buenas esperanzas, creyendo que es muy otro de lo que fué en tiempo de maras. Por cierto, sobrino, que te pareces á mi pobre hermana cuanto es posible.

— No se parece tanto al viejo Benito Lambourne su marido, dijo el tendero. ¿Te acuerdas, Miguel, de lo que dijiste al maestro de escuela un día que te quería dar azotes por haber dejado caer las muletas de tu padre? Es un hijo sabio, dijiste, el que conoce á su padre. El doctor Bricham lloraba de risa, y aquellos lloros evitaron los tuyos.

— Sí, pero bien se desquitó el pícaro de él en lo sucesivo, dijo Lambourne. ¿Y como lo pasa el digno pedagogo?

(1) Calle de Londres habitada por los más ricos banqueros.

— Murió, respondió Gil Gosling, hace mucho tiempo.

— Murió, repitió el sacristan de la parroquia: yo estaba cerca de su cama cuando espiró, y murió como había vivido. *Mori, morior, mortuus sum*, tales fueron sus últimas palabras, y apenas tuvo fuerza para añadir: He conjugado ya el último verbo.

— Pues bien, *requiescat in pace*, dijo Miguel, no me debe nada.

— No por cierto, dijo Goldthred, y solia decir que cada zurra que daba á los muchachos ahorraba algun trabajo al verdugo.

— Parece, dijo el sacristan, que no queria dejarle hacer nada, y sin embargo se sabe que Goodman Thong no ha tenido un beneficio simple con nuestro amigo.

Lambourne perdía la paciencia. Cogió su sombrero que estaba sobre la mesa, y se le encasquetó hasta las cejas, de suerte que la sombra de sus alas daba á sus facciones y á su vista, que nada bueno prometian, la espresion siniestra de un maton español. Voto á Dios, señores, dijo, todo es permitido entre amigos, y he dejado á todos vms. y á mi digno que está presente, chunguearse á costa de mis travesuras juveniles; pero no hay que olvidarse de que llevo mi sable y mi puñal, y que haria un zafarancho si llegase la oca-

sion, sin dejar títere con cabeza. Desde que he servido en España, no sufro cosquillas en la honra, y sentiria me obligasen vms. á hacer alguna de las mias.

— ¿Y que harias? dijo el sacristan.

— ¿Sí, que harias? dijo el tendero pasando al otro lado de la mesa.

— Te cortaria el resuello, sacristan, para que no pudieses hacer gorgoritos en la iglesia el domingo. Y á tí, mercader de lienzo, cintas y sedería, te sacudiria el casaquin para quitarle el polvo.

— Vamos, vamos, dijo el posadero queriendo meter paz, no hay que alborotar mi casa de ese modo. Sobrino, no hay que picarse por tan poca cosa; y vms., señores, deben pensar que, aunque estan en una posada, no son mas que los convidados del posadero, y que por consiguiente deben respetar mas mi casa. ¡Que diablo! aturdida tengo con esta bulla la cabeza. Me olvido de mi huésped taciturno, como yo le llamo, porque hace dos dias que llegó aquí, y aun no ha abierto la boca sino para pedir lo que necesita. No da mas que hacer que un hombre ordinario, y paga sin embargo como un príncipe de sangre real. Paga sin examinar la cuenta lo que le piden, y no sabe cuando se irá. Una alhaja es el tal hombre. Y yo, como un miserable, le dejo sen-

tado allí abajo en un riscon, como una oveja sarnosa, sin tener la atención de convidarle á cenar ó beber con nosotros. Me trataría como merezco, si se fuese á la *Liebre* ántes que sea mas tarde.

Plegando con gracia una servilleta limpia, se la puso sobre el brazo izquierdo, y teniendo en la mano derecha un hermoso frasco de plata, se quitó por un momento la gorra de terciopelo, y se acercó al individuo solitario de que acababa de hablar, y sobre el cual todos fijaron al punto la vista.

Era un hombre de veinte y cinco á treinta años, alto, vestido con sencillez y decencia, y manifestaba cierta dignidad que parecía probar que su traje no era proporcionado á su rango. Tenia un semblante reservado y pensativo, cabello oscuro, ojos negros que brillaban mucho cuando alguna viva emocion le animaba momentáneamente, pero que anunciaban siempre como todas sus facciones un hombre tranquilo y reflexivo. Los curiosos del pueblo habian hecho lo posible por descubrir su nombre, su cualidad, y el objeto de su llegada á Cumnor, pero se quedaron con las ganas de saberlo. Gil Gosling, que era el gallo del lugar, partidario celoso de la reina Isabel y de la religion protestante, empezó desde luego á sospechar que era un

jesuita, un cura, como los que venian entonces á bandadas de Roma y de España, para morir en un patíbulo en Inglaterra; pero no le era posible conservar tal idea de un forastero que no le daba ninguna molestia, pagaba bien, y se proponia pasar algun tiempo en *el Oso negro*.

— Todos los papistas, pensaba Gil Gosling, estan unidos como los cinco dedos de la mano. Si este fuese uno de tantos, se hubiera alojado en casa del rico escudero en Belseley, ó en casa del viejo caballero en Wootton, ó en alguna otra de sus cavernas romanas, en vez de venir á una posada pública, como hombre honrado y buen cristiano. Por otra parte, el viérnes pasado comió carne asada, aunque habia sobre la mesa anguilas tan buenas como pueden pescarse en el Isis.

El bueno de Gil Gosling, que se habia convencido á sí mismo con semejantes racionios de que su huésped no era católico, se adelantó hasta él con toda la cortesía imaginable, y le suplicó le hiciese el honor de beber un vaso de vino fresco, y asistir á una colacion que daba á su sobrino con motivo de su llegada, y enmienda segun él se lo figuraba. El extranjero procuró escusarse dando las gracias; pero el posadero insistió empleando argumentos fundados en el honor de la casa,

y en las sospechas á que pudiera dar lugar á los habitantes de Cumnor un carácter tan poco sociable.

— En verdad, señor, le dijo, que es honor mio que todos esten alegres en mi posada. Hay entre nosotros en Cumnor muy malditas lenguas, ¿y en donde no las hay? Se mira de reojo á las gentes que se calan el sombrero hasta los ojos, como si echasen de menos el tiempo pasado, en lugar de gozar de la dicha que el favor del cielo nos ha concedido dandonos por señora la buena reina Isabel, que Dios bendiga y nos conserve por muchos años.

— ¡Y que! mi huésped, respondió el extranjero, ¿debe parecer un hombre sospechoso, porque se entrega á sus pensamientos á sus solas? Vm., que ha vivido en el mundo doble mas tiempo que yo, debe saber que hay ciertas ideas que nos dominan á pesar nuestro, y que es inútil que digamos: — No quiero pensar en eso, divertamonos.

— ¡Voto á tal! si son tristes los pensamientos que atormentan á vm., y no basta el buen inglés para desalojarlos, mandaré venir de Oxford un discípulo de Bacon que los disipará á fuerza de lógica y de hebreo. Pero ¿por que no ensaya vm. mas bien anegarlos en un mar de vino de Canarias? Perdone vm. mi franqueza, pero soy un posadero antiguo, y

me es permitida esta libertad. Ese humor melancólico no le conviene á vm., ni sienta bien tampoco en una persona que tiene hermosas botas, sombrero de castor finísimo, casaca de buen paño, y la bolsa bien provista. ¡Que se vaya al diablo esa melancolía! Es preciso alegrarse, señor mio, ó de parte de este grato licor desterraremos á vm. de la compañía de esta reunion festiva á la tristeza y soledad de los bosques. He aquí una porcion de sugetos alegres y amigos de divertirse, no se ponga vm. de cejo al verlos, como el diablo mirando á Lincoln.

— Dice vm. muy bien, amigo, dijo el forastero con una sonrisa que, aun estando triste, daba una espresion muy agradable á su fisonomía. Dice vm. muy bien; y los que se hallan en mi situacion y mis circunstancias no deben seguramente turbar con su melancolía la alegría de los que son mas felices. Me reuniré de buena gana á los convidados de vm., para no pasar por un misántropo.

Al decir esto, se levantó para ir á reunirse con los demas que, animados con los consejos y el ejemplo de Miguel Lambourne, y siendo por la mayor parte gentes dispuestas á aprovecharse de la ocasion de llenar la barriga á costa del posadero, habian hecho ya una escursion fuera de los límites de la sobrie-

dad, como podia inferirse del tono con que Miguel preguntaba por sus conocidos antiguos, y las carcajadas que acompañaban á cada respuesta. El mismo Gil Gosling, acostumbrado á ver tales jaranas, estaba un poco escandalizado, y con mas razon porque miraba involuntariamente con cierto respeto al desconocido. Se detuvo pues á alguna distancia de la mesa en que estaban reunidos los alegres convidados, y empezó una especie de apología de su desórden y licencia.

— Al oirlos hablar, dijo, se pudiera creer que no hay uno entre ellos que no haya pasado la vida con la divisa, *la bolsa ó la vida*; y sin embargo verá vm. mañana que son artesanos laboriosos, mercaderes hombres de bien, si puede haberlos entre los que tienen la vara media pulgada mas corta, y hacen pasar las monedas faltas de peso por buenas. Ese que vé vm. ahí, con el cabello rizado como un perro de lanas, con la casaca toda sobre un hombro, y que tiene ahora toda la facha de un pillo, pues bien, es un tendero de Abingdon, que en su tienda suele estar de piés á cabeza tan bien vestido como pudiera un lord. Habla, siguiendo la conversacion de los otros, como si fuera uno de los famosos salteadores y asesinos, prodigando baladronadas, y todas las noches duerme pacíficamente en su buena

cama, con una luz á un lado, y la Biblia al otro para espantar los duendes y las hechiceras.

— ¿Y su sobrino de vm., ese Miguel Lambourne, que es el rey de la fiesta, quiere tambien pasar plaza de valiente?

— Vm. me estrecha ya demasiado, señor mio; mi sobrino es sobrino mio, hijo de mi hermana, y aunque fué un gran tunante en su juventud, ha podido enmendarse con el tiempo: ¿no es verdad? No quisiera sin embargo que creyese vm. que lo que he dicho poco ha acerca de él son palabras del Evangelio. Habia reconocido desde luego al bribon, y he querido ajarle un poco la vanidad. Pero ¿bajo que nombre debo presentar mi respetable huésped á los demas convidados?

— Con el nombre de Tresilian, si á vm. le parece.

— ¿Tresilian? es apellido que suena bien, y que trae su origen, segun me parece, del condado de Cornouailles: vm. conoce sin duda el proverbio y la redondilla siguiente:

Cuando halle algun apellido
Que empieza con *Pol, Pen, Tré,*
Al punto aseguraré
Que de Cornouaille ha venido.

¿Podré decir el señor Tresilian de Cornouailles?

— No diga vm., señor huésped, sino lo que le he permitido decir, y no habrá dicho vm. sino la verdad. Puede muy bien un hombre tener un apellido ilustre que empiece en *Pol*, en *Pen* ó en *Tré*, y haber nacido léjos sin embargo del monte de San Miguel.

Gil Gosling no quiso insistir en su curiosidad, y presentó el estrangero con el nombre del señor Tresilian á su sobrino y á sus amigos; y estos, despues de haber bebido á la salud del nuevo convidado, continuáron la conversacion que su llegada habia interrumpido.



CAPITULO II.

— ¿Habla vm. del jóven Lancelot?

El Mercader de Venecia.

DESPUES de un corto intervalo el tendero, á instancias del posadero y los alegres convidados, les regaló los siguientes versos:

Apénas hay ave alguna
Que yo prefiera al mochuelo:
A toda persona cuerda
Le puede servir de ejemplo.
A la entrada de la noche
Abandona su agujero,
Sacudiendo la pereza,
Y sale á dar un paseo.
Su canto, dicen, promete
Al hombre gloria y provecho:
Si es verdad lo que nos cuentan,
Amigos, ¡viva el mochuelo!

Miéntas el sol nos alumbra,
En ningun lado le vemos,
Y en un rincon por la noche
Halla su entretenimiento.
A su saber y prudencia
Alegremente brindemos,
Gritando entre trago y trago,
Amigos, ¡viva el mochuelo!